

Remedios Zafra

El entusiasmo

Precariedad y trabajo
creativo en la era digital



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: © lookatcia (inspirada en la portada de *Mute*, vol. 2, n.º 1)

Primera edición: noviembre 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Remedios Zafra, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6417-5

Depósito Legal: B. 23183-2017

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El día 27 de septiembre de 2017, el jurado compuesto por Jordi Gracia, Chus Martínez, Joan Riambau, Daniel Rico y la editora Silvia Sesé concedió el 45.º Premio Anagrama de Ensayo a *El entusiasmo*, de Remedios Zafra.

Cuando pienso en la mecánica del poder, pienso en su forma capilar de existencia, en el punto en que el poder encuentra el núcleo mismo de los individuos, alcanza su cuerpo, se inserta en sus gestos, actitudes, sus discursos, su aprendizaje, su vida cotidiana.

MICHEL FOUCAULT

Nos han hecho creer que somos libres, que tenemos capacidad para controlar nuestro destino y que con más o menos esfuerzo seremos capaces de conseguir aquello que nos propongamos. Estas ideas no solo no son ciertas, sino que son una fuente de frustración.

MARCOS CASADO

¿Cómo elegir al triste si está el entusiasta?

LAURA BEY

I. Pobreza y entusiasmo.
Cuando el trabajo no vale dinero

human overlooks

X I'm (not) a robot

1. LOS POBRES CREAN

Puede que solo dos *estados de ánimo constante*¹ *hagan que la vida valga la pena ser vivida*. Yo diría *el noble goce* de una pasión creadora o *el desamparo de perderla*. Me refiero a esa *pasión* que *punza y arrastra* y que nos motiva a anteponer el deseo frente al inmovilismo, el *hacer* frente al *tener*, una práctica creativa frente a, por ejemplo, un trabajo alienante, esa sensación que perturba «profundamente» frente a la que resigna o reconforta.

Y en esta pulsión primera me parece que no debiera ser tan determinante su instrumento –palabra, tecla, cuerpo o pincel–, sino que algo trastoca la posibilidad de esta pasión cuando de la práctica creativa llevada por el entusiasmo pueden derivarse trabajos capaces de proyectarse como futuro, es decir, trabajos de los que se puede vivir y trabajos de los que no. Cuando sentida y buscada esta pasión no puede ser ejercida y late el desamparo de verla aplazada permanentemente. Creo que muchos de los nuevos pobres que hablan

1. «Hay solo dos tipos de estado de ánimo constante en los cuales la vida vale ser vivida: el noble goce de una religión o el noble desamparo de haber perdido una», Fernando Pessoa, *Erostratus*, Pre-Textos, Valencia, 1988, p. 81.

de la época de hoy (y cuya genealogía fundiría sus raíces en formas feminizadas de trabajo) habitan ahí, donde la «forma capilar de existencia» del poder y la expectativa —propia y ajena— vulnerabiliza silenciosamente y limita a las personas en sus tiempos y en sus medios.

El contexto de estos sujetos creadores estaría definido por su infiltración en trabajos y prácticas temporales y en vidas permanentemente conectadas. Sujetos envueltos en precariedad y travestidos de un entusiasmo fingido, usado para aumentar su productividad a cambio de pagos simbólicos o de esperanza de vida pospuesta. Un entusiasmo que encontraría sus máximas expresiones de júbilo forzado en trabajos culturales, creativos y cada vez más en el contexto académico. Miro alrededor y observo que esto acontece hoy. Como si la pareja «pobreza y creación» actualizara, en un giro y engarce temporal, aquella época anterior a la invención de la imprenta en la que, sugería Smith,¹ «estudioso y pordiosero» eran palabras casi sinónimas.

Quizá el pobre logre pulsión si dispone de tiempo, pero difícilmente la vigente cesión a un mundo tecnológico cada vez más excedentario y burocratizado permitirá más que mínimos fragmentos de tiempo que, extrañamente, lograrán romper el hielo del alma. Solo hacernos sentir el pico en pequeños golpes para que salga polvo y no grieta, sabiendo como sabemos que toda creación debiera aspirar no solo a tocar o empañar mínimamente conciencia y sensibilidad, sino a fragmentar ese «mar congelado que llevamos dentro».²

1. «Antes de inventarse la imprenta, estudioso y pordiosero eran vocablos casi sinónimos. Parece que con anterioridad los rectores de las universidades otorgaban a menudo a sus estudiantes un permiso para mendigar», A. Smith (1776), *La riqueza de las naciones*, Alianza, Madrid, 2011, pp. 113-114.

2. Kafka, en carta a Oskar Pollak (1904), citado por George Steiner en *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Gedisa, Barcelona, 2003, p. 85.

No sin contradicción, muchas personas preferiríamos el camino de la creación modesta pero libre a la acumulación y riqueza subordinadas a un trabajo sin pasión. Eso pensamos y eso decimos antes de descubrir que la libertad mengua cuando no hay dinero y sí expectativa, cuando el vivir se sostiene difícilmente sobre una superficie demasiado inestable que precisa unos mínimos de energía y sustento. Entonces se sucumbe a «lo que salga», aplazando la vida y esa pasión (que identificamos como lo que nos mueve de la vida) a un futuro donde las condiciones sean mejores. Como una minúscula herida tapada por la ropa, primero invisible, va lentamente creciendo la frustración. Comienza así una vida permanentemente pospuesta, una cesión del tiempo de creación al futuro, una encadenada y constante inversión para lograr recursos mínimos pero suficientes, proporcionando algo de dinero y restando a esa pulsión sentida gran parte del tiempo, cedido ahora al sustento y a la apariencia.

En el carácter precario de los trabajos disponibles radica la situación ventajosa de quien contrata hoy movido por la maximización racionalista de «menor inversión y mayor beneficio». Pero también ahí se acomoda la excusa de temporalidad de quien trabaja soñando con algo mejor. Si este sujeto apostara por iniciar el largo camino hacia un trabajo intelectual en el ámbito académico, creativo o cultural, pronto descubriría que su entusiasmo puede ser usado como argumento para legitimar su explotación, su pago con experiencia o su apagamiento crítico, conformándose con dedicarse gratis a algo que orbita alrededor de la vocación, invirtiendo en un futuro que se aleja con el tiempo, o cobrando de otra manera (inmaterial), pongamos con experiencia, visibilidad, afecto, reconocimiento, seguidores y *likes* que alimenten mínimamente su vanidad o su malherida expectativa vital.

Merodeando esta argumentación, hay dos formas de entusiasmo que se dan cita en este ensayo y que, bebiendo de

mi obra anterior,¹ intentarán aquí dar cuerpo a una visión integradora del sujeto creativo cuando deviene sujeto precario en la era digital. Una forma de entusiasmo aludiría a la «exaltación derivada de una pasión intelectual y creadora», y la forma más contemporánea surgiría como «apariencia alterada que alimenta la maquinaria y la velocidad productivas» en el marco capitalista. Esa que requiere camuflar la preocupación y el conflicto bajo una coraza de motivación forzada generadora de contagio, mantenedora del ritmo de producción del sistema, sintonizando como procesos análogos: producción intelectual y de mercado.

He aquí el asunto que quiere atravesar las páginas que siguen, bajo la sensación de que el entusiasmo sostiene el aparato productivo, el plazo de entrega y tantas noches sin dormir, los procesos de evaluación permanentes, una vida competitiva, el agotamiento travestido, convirtiéndose en motor para la cultura y la precariedad de muchos que buscan vivir de la investigación y la creatividad en trabajos culturales o académicos. Ya sea aquellos que siempre quisieron hacerlo, como otros muchos que descubren en lo que les motivó en algún momento pasado la posibilidad de convertirlo en la red en razón de ser frente a un vacío laboral o vital.

Y me parece que el entusiasmo anuda una de las dificultades del mundo actual cuando hablamos de las formas de movilización creativa, dependencia y conflicto contemporáneos. Me refiero no solo a aquellas potencias derivadas de habitar un mundo conectado, mediado por pantallas y por la posibilidad constante de crear y compartir fragmentos de

1. Me refiero aquí tanto a mis ensayos más recientes –*Ojos y Capital*, *(h)adas* y *Un cuarto propio conectado*–, que sugieren de manera esbozada algunas de las ideas que desarrollo en este libro, como a los artículos en los que situó como foco de preocupación las vigentes dinámicas del sujeto creativo y precario y la instrumentación capitalista del entusiasmo.

vida, sino también a la búsqueda de la hiperactividad con todo tipo de estrategias apoyadas en la motivación y mantenedoras de la ansiedad productiva de quien teme o se resiste (no está claro) a dejar tiempos vacíos entre sus prácticas. Tiempos que puedan hacer pensativa la lógica laboral en que se inscriben. Porque quizá si lo hicieran, estos tiempos operarían como interruptor de conciencia y movilización.

El pasado no ayuda. Hace tiempo que en Occidente las idealizadas figuras de artistas y creadores han soportado capas y capas entrelazadas de mitos que agrandaban su presuposición, primero como hombres, y segundo como individuos capaces de vivir al límite y de lindar con el precipicio de la pobreza. Una pobreza derivada en muchos casos de un contexto previo de solvencia material e ilustración donde el sujeto que amaba crear estaba dispuesto a renunciar a lujos y abandonar propiedades por su pasión intelectual. Porque rara vez ha venido del pobre, que difícilmente podía siquiera aspirar a un tiempo ilustrado, a desear crear.

No se desea lo que no se conoce o lo que precisa tiempos socialmente no productivos (ya saben, pensar, aburrirse, soñar, poetizar...). Con vivir ya basta. Si el poder en Occidente tuviera voz, habría sido un eco que atravesaría el pasado: «No es bueno que los pobres creen.» No lo es porque la creación es movilizadora por el conocimiento, el conocimiento genera conciencia, y la conciencia es pregunta que interpela: ¡eh, tú, por qué tienes tanto y yo nada!

Hoy sin embargo en muchos lugares del mundo, allí donde unos mínimos democráticos garanticen la educación pública, los pobres estudian, los pobres acceden al mundo archivado y los pobres pueden crear. Muchos sueñan con hacerlo. Y esto parece transgresor. Sin embargo, el escenario contemporáneo nos hablaría todavía de antiguos mitos heredados y singulares expectativas sobre los creadores, proyectando una pasión pura y sacrificada, dispuesta a renunciar a

lo material por su entusiasmo creativo. Esto no ha hecho sino sostener sistemas dicotómicos que han contribuido a fracturar las parejas alma y cuerpo, vida material y vida espiritual, trabajo creativo y pago económico. Tan bella y sentidamente (porque es ficción y es cierto al mismo tiempo) en su *paseo* Robert Walser describe en boca de otros su preocupación de poeta pobre:

El dinero está desde hoy a su disposición. Se ve que un fuerte alborozo se extiende en este instante por sus rasgos. Sus ojos brillan; su boca tiene en este momento un algo sonriente con lo que quizá hacía mucho que no había reído, porque apremiantes preocupaciones cotidianas de carácter odioso le prohibían hacerlo, y porque desde hacía largo tiempo quizá se encontraba la mayoría de las veces de apesadumbrado humor, ya que toda clase de malos y tristes pensamientos ensombrecían su frente. Frótese las manos de placer y alégrese de que algunas nobles y amables benefactoras, movidas por el sublime pensamiento de que es bello amortiguar el sufrimiento y bueno suavizar la necesidad, pensaran que un pobre poeta sin éxito (porque eso es lo que es usted, ¿no?) necesitaba apoyo.¹

«Amortiguar el sufrimiento», «suavizar la necesidad» de un pobre poeta que es pobre y como es poeta no debería hablar de dinero. En algún momento de nuestra historia hablar de dinero cuando uno escribe, pinta, compone una obra o crea se hizo de mal gusto. Como si la creación habitara esa dimensión donde el pago ya se presupone suficiente en el ejercicio creador; como temiendo (o alimentando el temor) que las palabras *dinero* o *sueldo* entren en conflicto con la inspiración, que algo ensuciara el mundo abstracto

1. R. Walser, *El paseo*, Siruela, Madrid, 1997, pp. 8-9.

y limpio de la obra, aun cuando está hecha entre detritus y miseria.

Pero también la donación frente al pago hace a la persona creadora dependiente de un sistema de auspicio derivado del poder y la riqueza. Sean ricos benefactores, sean contemporáneos bancos rescatados, siempre me ha parecido que eclipsan en sus dádivas los delitos que toda gran fortuna esconde.

En los últimos tiempos, sin embargo, ha ocurrido que la valoración del ejercicio artístico se ha socializado del lado de la afición y el placer como aquello practicado en tiempos ociosos y considerado difusamente como actividad laboral. De forma que el contexto no pierde la oportunidad de recordar a quienes crean que eso no es un trabajo en sentido estricto y que por ello cualquiera puede aprovechar para pedir gratis a un amigo o a un familiar que crea: un retrato para su hijo, una ilustración para su trabajo, un poema para su pareja, presuponiendo que el gusto por hacer ya compensa el trabajo, reforzando la idea de que el pago a lo creativo va implícito en su mero ejercicio.

Con excesiva frecuencia nos viene a la mente esta dicotomía presente en la relación entre creación y precariedad. Me refiero a la que presenta enfrentados el dinero y el saber, el interés comercial y el interés cultural, la creación mundana y la espiritual. Y me parece que cuando se nos muestran como opuestos hay algo de fingimiento interesado, porque nunca una creación se hace aislada del mundo material. Toda creación siempre es atravesada por las cosas cotidianas de la vida: el trabajo, el dinero, los espacios que habitamos, nuestros cuerpos y deseos, esa maldita preocupación.

Pero también la democratización creadora se sostiene hoy en un escenario que ha encontrado en las últimas décadas el hábitat idóneo para su generalización en un mundo en red, con fácil disponibilidad de acceso al conocimiento y a mul-

titud de herramientas que favorecen y permiten compartir lo producido. En poco tiempo ha pasado que en Internet todos nos hemos convertido en creadores potenciales, en productores creativos de mundo. La emoción primera de idear y compartir textos, imágenes, proyectos, publicar libros, hacer películas y obra aún nos hace recordar esa intensidad personal que descubrimos en la infancia frente al ejercicio creador trezado al atardecer entre ceras como fósforos y tardes de desván.

Una emoción que pasa por alto el espejismo efectista que promueve el software y las infinitas aplicaciones (como apéndices de nuestros dedos) que dicen ayudarnos a crear hoy a golpe de clic; pero también las infinitas posibilidades de archivo y combinación de mundo derivadas de la apropiación y mezcla en la red, favorecidas por la tecnología y un mundo excedentario, donde todo lo digitalizable (cada vez más «todo») circula.

Tengo la impresión, y es lo que intentaré reflexionar aquí, de que las herencias del pasado operan hoy en un mundo creativo que la red y las formas contemporáneas del capitalismo cultural han convertido en algo profundamente distinto. Pienso que en una vida conectada pronto descubrimos la potencia de disponer de conocimiento y recursos para crear y comunicar como práctica habitual en nuestros días, pero que así como crece el deseo de convertir una práctica vocacional en práctica que nos permita una vida emancipada y un trabajo remunerado, el escenario global muta increíblemente las formas de vivir la frustración, el empleo, el fracaso y la expectativa.

La permanente cuantificación de mundo (nosotros también, que vamos adjuntos) y la hipervisibilidad de estos procesos (la vida al lado de nosotros mismos) nos transforman. Y lo hacen desde un punto de vista también material y claramente biopolítico. Desde las casas-habitación donde vivimos

y la forma de relacionarnos y desear, hasta la experiencia de una pasión creativa que tanto frustra como *punza y arrastra*.

No tardamos en advertir que el sistema cultural se vale hoy de una multitud de personas creativas desarticuladas políticamente. Multitud alimentada de becarios sin sueldo, contratados por horas e interinos, solitarios escritores de gran vocación, autónomos errantes, doctorandas embarazadas, colaboradores y críticos culturales, polivalentes artistas-comisarios y jóvenes permanentemente conectados que casi siempre «compiten».

Pronto descubrimos que la posibilidad de un pago afectivo o de un pago inmaterial que al menos les haga visibles es un pago insuficiente pero «va reconfortando»; que algunas personas lo logran porque acumulan grandes, ingentes números online, pero difícilmente la mayoría que orbita en torno a números bajos pagará facturas y comida sumando seguidores en Internet en el «libre» ejercicio creativo y sin ceder a la presión tramposa de las audiencias. Pienso que este contexto no ha venido libre de explotación y desigualdad.

Creo que estos procesos de toma de conciencia y frustración (este singular dolor que oscila entre sentir perder y recuperar la pasión por crear) describen a una generación de personas conectadas que navegan en este inicio de siglo entre la precariedad laboral y una pasión que les punza (por sentir-la, por haberla sentido, por estar perdiéndola).

No olvido que quienes crean tienen cuerpo. Un cuerpo que habita lugares con identidad y que transita espacios. Que aquí y allí los entusiastas se relacionan con otros y fantasean, pero no solo como parte de su proceso creativo, sino también como parte de su subjetivación política. Por ello *El entusiasmo* propone un acercamiento crítico y «encarnado» a las formas de creación y precariedad contemporáneas desde lo pequeño (*intimidad* frente a *estadística*). Quiere hacerlo sin renunciar a la potencia que la imaginación y las figuraciones

políticas tienen en el ejercicio reflexivo sobre el mundo capitalista y en red que habitamos, desde la vivencia de sujetos con nombre, observados de cerca junto a esa mesa con polvo y a esa ventana entreabierta.

No se extrañen si a la mirada reticular a los mundos de vida de la creación contemporánea, graduada desde los estudios sobre la cultura y las redes, la antropología y el arte, y escrita desacomplejando el amor entre etnografía y literatura, se suma la figuración política no exenta de fantasía, contradicción y fábula. Porque moviliza pensar que personajes y máscaras pueden ayudarnos a encarnar la potencia y limitaciones de la vida a la que apunta la precariedad de los entusiastas, sin menospreciar su «como si», su metáfora, su «érase una vez».